

## **Accésit**

**Autora: Cristina Marcos Sarró**

### **Píntame angelitos buenos**

En la Navidad del 79 yo creía en unos Reyes Magos que tenían una larga escalera para subir a mi balcón, y hacía una fiesta al colocar el belén para el que cada año, mi madre compraba una nueva figurita en los almacenes de la plaza- que el señor Manolo decoraba con juguetes, luces y espumillones haciendo la delicia de niños y adultos- y que permanecía dormido durante meses en las cajas del altillo. Sobre una mesa en el salón, situaba estratégicamente el establo de corcho y cada uno de sus ocupantes, alrededor de un pesebre convertido en una cuna de paja en la que descansaba un diminuto recién nacido, rodeados de un paisaje de césped y nieve artificial, próximo al río de papel plateado en el que se inclinaba una sufrida lavandera, con el castillo de Herodes lejano y pequeño, en lo alto de una ficticia montaña fabricada con cartón, y todos los personajes que adoraban al niño, pastores con sus rebaños, aldeanas con sus cestas cargadas de comida, y aquellas viajeras majestades que continuamente se caían de sus camellos, sobre todo Melchor que con su efecto dominó, tiraba todo lo que había a su alrededor, ovejas y patos, que pacientemente había que volver a enderezar.

En la Navidad de aquel año como en las anteriores de mi corta vida, sonaron las zambombas y panderetas, las rondas por las calles, se sacó la botella de anís para convertirla en improvisado instrumento, pedimos puerta por puerta el aguinaldo cantando desafinadas y típicas canciones que vecinos, conocidos y extraños, sufrían con sonriente resignación, recompensaban con alguna moneda o evitaban con educadas excusas. Escribí a mano, con mi pulcra y ordenada letra de niña aplicada, bonitas tarjetas que enviamos a otras partes del mapa, cargadas de escasas noticias y buenos deseos para aquel diciembre que terminaba y el año que empezaba, para el que siempre se pedían venturas- salud, felicidad, que pronto volviéramos a vernos-, confiados en el halo de magia que rodeaba todo y parecía convertir en posible lo improbable. También recibí como tesoros para mi colección las felicitaciones que traía el cartero, con sus sellos y remitentes distintos-Francia, Suiza, Valladolid, Grecia o Gran Canaria- algunas con fotos o la esperanza de la fortuna encerrada en un décimo.

Aquel mes la escuela se llenaba de actividades, de paredes decoradas y mensajes de amor, generosidad y esperanza, de ensayos para las funciones e ilusión por aquellas próximas y largas vacaciones llenas de sorpresas y novedades que rompían la rutina, en las que los tíos y primos regresaban desde Madrid y Barcelona, y todos en casa contentos y emocionados, celebrábamos el esperado reencuentro alrededor de esa eterna bandeja de acero inoxidable, siempre llena de trozos de turrón duro y blando, de figuritas de mazapán, de frutas escarchadas o descorchando una botella de sidra de la que, como algo delicioso y excepcional, nos dejaban dar pequeños sorbitos.

Pero si había algo que me motivaba especialmente en aquellos días entrañables, era el concurso de dibujo para elegir el que, transformado en postal navideña, mandaría el colegio a cada casa. Porque yo quería ser pintora y cada convocatoria era un reto para transmitir mis sentimientos, explotar mi imaginación y volcar mi ilusión en esa tarea.

Como mis padres trabajaban, pasaba los días en casa de mis abuelos. Comía allí al regreso de mis clases, hacía los deberes al calor del brasero, en la mesa de camilla de su pequeño cuarto de estar y escuchaba la emisora de radio local que sonaba sin descanso, en la que había un programa de peticiones y dedicatorias, al que yo llamaba algunos días para que hicieran sonar la canción favorita de mi abuela, Angelitos negros, de Antonio Machín. Los locutores, Jesús y Rosa, ya me conocían- en nuestro pueblo, entonces, prácticamente nos conocíamos todos- y siempre adornaban el momento con cariñosos saludos, con palabras amables o divertidas. Cuando empezaban a sonar los primeros acordes, ella dejaba su trajín en la cocina y se sentaba a mi lado. En su rostro se dibujaba una emoción que no perdía intensidad, aunque la escuchase mil veces. Yo disfrutaba al verla así, inmersa en la música, en la voz suave y aterciopelada de aquel cubano

que en un lamento de melódicos acordes pedía mayor protagonismo para la raza negra a la que consideraba ignorada por los grandes pintores, y al tiempo me recreaba en esos países lejanos a los que un día quería viajar, llenos de habitantes tan exóticos y distintos como los de las huchas del Domund, a los que había que ayudar porque pasaban hambre, necesidades, y que además no salían en los cuadros.

Aquello me parecía una tremenda injusticia que había que remediar.

Por eso, esa mañana de principios de diciembre del 79 en que me enfrentaba a un folio en blanco buscando una idea original que dibujar, la inspiración vino a susurrarme con la voz de Machín y el canturreo de fondo de mi abuela, y decidí resarcir esa pena que tenía el cantante, cuyo reclamo me sobrecogía. Sin dudar un instante cogí mi caja de lápices colores, el estuche de rotuladores y con minucioso esmero me propuse revolucionar la historia de la pintura con un nuevo portal en el que todos, del primero al último, exceptuando lógicamente la mula, el buey y animales de granja, se volvieron de la raza de Baltasar, que debía sentirse asombrado y terriblemente abrumado, porque para dar el toque de gracia, a él, precisamente a él, le pinté la piel blanca.

Una vez finalizada la obra, la miré con orgullo, satisfecha y feliz y me hice el firme propósito de mandar por correo una copia a Machín, que, seguro, se sentiría encantado de ver a sus angelitos negros sujetando la estrella, a una virgen inspirada en la de Guadalupe, ese niño moreno y rollizo, a un san José de nariz ancha, pelo rizado y cara sonriente, cubierto por una piel de tigre, y a ese rey mago desubicado que había conservado su nombre y su turbante, pero había perdido su color por una buena causa. Convencida de ese giro revolucionario y reivindicativo que había dado a la Navidad, se lo enseñé a mi abuela que lo alabó con gran entusiasmo plenamente convencida de su éxito y guardé mi dibujo cuidadosamente en un sobre, confiando en que el factor sorpresa jugaría un importante papel a la hora de concursar.

Lo que pasó en la sala de profesores lo supe años después, ya adolescente, cuando Don Domingo, mi tutor, me contó entre risas y a modo de anécdota, las reacciones que había provocado la apertura de aquella propuesta de una niña de nueve años que abogaba por un portal en África en vez de en Belén, o por un Belén lleno de africanos, que toda combinación fue debatida. Unos perplejos, otros divertidos, dirección y maestros, alabaron o criticaron mi dibujo que, pese a su originalidad, acabó perdiéndose en el montón de los no elegidos, resultando ganadora una clásica puesta en escena que no rompía ninguna tradición ni generaba polémicas ni desconciertos.

Cuál fue mi desilusión, mi fracaso como futura pintora, no haber podido hacer realidad el sueño de aquel cantante con esa tarjeta innovadora, que arrastré mi tristeza durante días. Dulce y consoladora, como siempre, su mayor fan y la mía, le quitó importancia al asunto...no te preocupes cariño, no importa el color que elijas, píntame angelitos buenos.

Y el calendario de adviento siguió corriendo en un colegio que bullía entre actividades, ensayos y villancicos, en vísperas de fechas tan señaladas. Don Domingo notó mi descontento y para compensar me dio el papel de ángel en la función que se representaría el día que nos daban las vacaciones. Quiso de este modo valorar el esfuerzo que sabía había puesto en la pequeña obra pictórica que no había resultado elegida.

Mi madre me recabó una preciosa túnica blanca, y unas alas de plumas, me hizo una corona dorada que sujetó con horquillas a los tirabuzones que había conseguido fijar con bigudíes a mi pelo liso y rebelde. El día de la función me sentía expectante entre bambalinas, mezclada entre mis compañeras, cada una en su papel, repitiendo las frases para no olvidar nada y hacerlo en el tono adecuado. El salón de actos estaba repleto de familiares y compañeros de otros cursos que habían venido a apoyar nuestro trabajo de actores principiantes en aquella obra de teatro cuyo argumento daba sentido a las fiestas que iban a comenzar. Me asomé por una rendija de las enormes cortinas y pude ver a mi abuela y a mi madre entre el público, sentadas en una de las primeras filas, esperando verme aparecer.

Cuando todos los protagonistas se colocaron en el escenario, ocupando su espacio, antes de abrir el telón, Don Domingo me llamó aparte, suavemente, con la clara intención de que su llamada pasase desapercibida entre los nervios del resto de los personajes. Con curiosidad, me acerqué a él que sacó algo del bolsillo de su americana, guiñándome un ojo, travieso. Yo le correspondí, asintiendo, con el corazón acelerado. Así llegó ese momento en que, sujetando la enorme estrella de purpurina que anunciaba el nacimiento de Dios, salí a escena, con mi traje blanco y mis enormes alas abiertas en todo su esplendor. Y todos los ojos se posaron en mí, porque con la maña de mi querido profesor y un poco de betún me había convertido en un hermoso ángel negro.

Y mientras muchos cuchicheaban con desconcierto sin saber cómo reaccionar-incluyendo mi propia madre- mi abuela aplaudía entusiasmada y una lágrima corría por su mejilla porque yo le dedicaba una enorme sonrisa que, con aquel tizne, se convertía en luminosa e infinita.

Tan luminosa e infinita como es la imagen de aquella Navidad del 79, en que para mi abuela y Antonio Machín pinté angelitos negros.

*Este relato va dedicado a los abuelos, a los que nos han dejado y a los que nos ha robado esta pandemia, porque en Navidad siempre habrá un sitio para ellos en nuestras mesas, ese que ocupa su inolvidable recuerdo.*

*También para los que están, a los que debemos cuidar y proteger con especial cariño.*

*Va dedicado a los más desfavorecidos, aquellos que no pueden vivir el espíritu festivo de la Navidad por falta de recursos, sea cual sea su raza o condición. Hay que intentar, cada día, desde nuestras posibilidades, pintar una nueva realidad para ellos.*

*Va dedicado a las escuelas, esos espacios tan importantes para nuestra construcción como personas, que deben cimentarse sobre buenos valores, sin olvidar que la educación empieza en las casas y se complementa en las aulas gracias al importante trabajo de los profesores.*

*Al pequeño comercio, que sobrevive a los embistes de las sucesivas crisis y que nos recuerda cómo era nuestro mundo antes de la llegada de Amazon. Nos adaptaremos a nuevas realidades, pero ningún negocio virtual podrá compararse al trato humano.*

*Por último, a Jesús Rubio, que con su equipo trajo la radio y dio voz al Campo Arañuelo a través de las ondas y a Domingo Quijada, gran defensor de las tradiciones, maestro y divulgador. Grandes profesionales y grandes personas que, aunque se han ido, con su legado, siguen estando entre nosotros.*

*Para cerrar este triste 2020 demos la bienvenida a un 2021 cargado de esperanza, con una sonrisa luminosa e infinita.*